

CORDOBESSES DE AYER Y DE HOY

Los Románticos

Angel Saavedra, el más cordial, el más tratable, el más simpático de todos; su vida, la vida más varía, más tormentosa de todas. Pelea en la guerra de la Independencia: cae herido, no en Ocaña, como se dice, sino en Ontígola, la víspera de la batalla de Ocaña, no "con once heridas mortales", como él dice—son muchas heridas mortales—, sino con tres, según los partes facultativos; ya son bastantes tres heridas mortales; lo demás son heridas leves, contusiones, pisotones de caballos en campo de batalla, donde ha estado como muerto, toda una noche, revuelto con los muertos. Interviene en política; sufre diez años de expatriación: cinco de esos años, en Malta, los otros cinco, distribuidos entre Londres, París, Orleáns y Tours. Ha de ganarse la vida pintando. Corriendo los años, habrá de sufrir una nueva expatriación: un año de azares. Ha sido condenado a muerte; se le han confiscado sus bienes. Desempeña la cartera de Gobernación, con Isturiz de presidente del Consejo, hace unas elecciones: sale diputado Larra: no llegan a reunirse las Cortes; es derribado el Gobierno. Años después, en 1854, se apelará a él, "con lágrimas en los ojos"; ocupará la presidencia del Consejo: tres días, no más que tres días: tres días borrascosos, turbulentos: Madrid levantado, Madrid con trescientos mil habitantes, en tanto que el Gobierno no cuenta sino con mil ochocientos soldados para la defensa del Estado, de las instituciones, de sí mismo. Pasa la tormenta; nada altera la serenidad, la conformidad, la jovialidad de Rivas; es Rivas embajador en París. Cuelga de su cuello el Gran Collar de Carlos III; cuelga el Toisón de Oro. Su pesar, íntimo, su profundo pesar, es envejecer; no tiene remedio este mal: cada día que pasa, naturalmente, se acrece el mal. Ha escrito Rivas el *Don Alvaro*; ha escrito *El Parador de Bailén*: comedia que, representada una vez, no ha sido más representada; que, impresa una vez, no ha sido de nuevo impresa. No ha querido su autor que figure en obras completas. Y es una comedia bonita, entretenida, divertida, con

grandes efectos cómicos. Las dos mujeres de nuestro teatro más sensitivas, más delicadas, más trágicas, sobre todo, trágicas, son sevillanas: Estrella Tavera, *la estrella de Sevilla*, en Lope de Vega, y Leonor de Vargas, en el *Don Alvaro*. Nace Rivas en 1791; muere a los setenta y cuatro años, en 1865.

Larra, vida intensa, vida corta; acaba pronto porque Larra se crea un conflicto donde no hay conflicto; porque lleva a la vida lo que es exclusivamente de las letras; porque no sabe lo que ante todo debe saber un hombre: esperar y dar tiempo al tiempo. Esproncada, vida convulsa; poesía y amor: la grandilocuencia en el amor, no la ternura. García Gutiérrez, fino rápido y breve en la pasión. Zorrilla, deliciosa y múltiple musicalidad; y donde la rima le lleva. ¿Cuál el rasgo común a todos? El romanticismo. ¿Y qué es el romanticismo? Exageración, exceso, demasía. En otro sentido: el romanticismo es el acceso de la muchedumbre al arte. En el siglo XVII, el escritor está solo; su figura aparece clara, definida; puede hacer el escritor lo que quiera de su persona; ni detrás, ni delante, ni en su torno, hay nadie: existen lectores que lo leen; puede existir un señor que le proteja. Ahora, con el romanticismo, el escritor no es de sí propio; se ve empujado, impulsado, arrastrado, violentado por la multitud: no son suyos sus sentimientos: son de la multitud. Estos sentimientos suyos, para que estén acordes con la multitud, tendrá que agrandarlos, exagerarlos, violentarlos. Si algún escritor se esquivo, como Vigny, en Francia, como Hartzenbusch, en España, será un escritor reconcentrado, de sí mismo, encastillado en su personalidad: Vigny en su "torre de marfil", Hartzenbusch entre los libros.

No hay romanticismo en abstracto; hay romanticismos nacionales, locales. En España el romanticismo es teatro; por lo menos, en Madrid; en Barcelona puede ser otra cosa.

Arorin

(«A B C» de Sevilla. 6-9-947).